

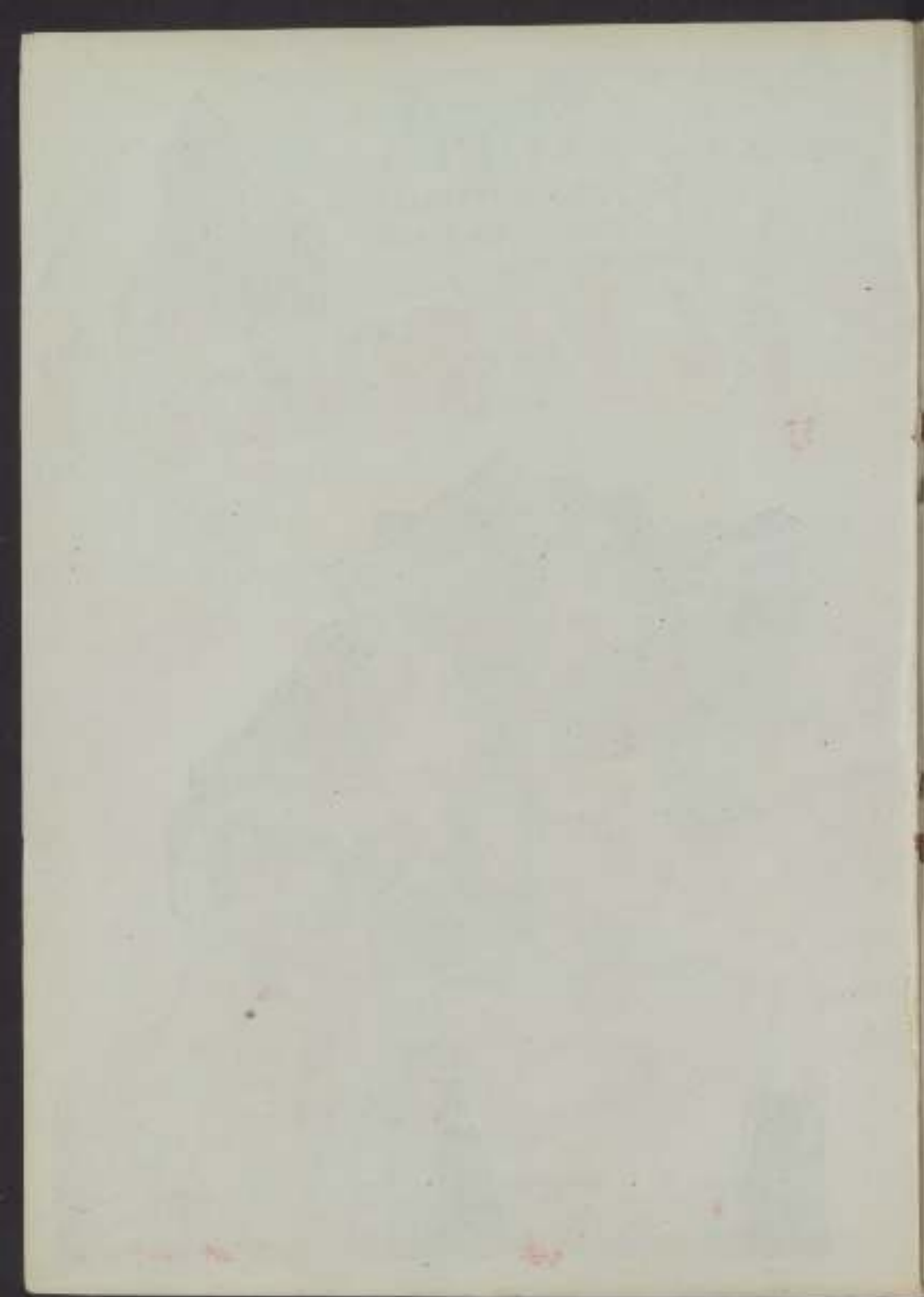
EDICIONES BIBLIOTECA
+ FILMS +
SERIE ESPECIAL

Editorial Atlas

Margarita
ANDREY
Virgilio TEIXEIRA
Tomás BLANCO

EL VERDUGO







PRINCIPALES INTERPRETES

<i>Clara y Eugenia «Kikos»</i>	Margarita Andrey
<i>Fernando</i>	Tomás Blanco
<i>Comandante Marchand</i>	Virgilio Teixeira
<i>Marqués de Leganés</i>	Rafael Calvo
<i>Juan</i>	Carlos Muñoz
<i>General Gaillard</i>	Carlos Casaravilla
<i>Alcalde de Menda</i>	Manuel Argó

Director :

Enrique Gómez

Narración literaria por
Fernando de Heredia

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director propietario: RAMON SALA VERDAGUER

Avenida 707 - BARCELONA - Teléfono 70057
Valencia, 234 - Dirección telegráfica: EDITALAS

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería
Barbón, 16, Barcelona - Turner, 4, Madrid

EDITORIAL
"ALAS"

AÑO XXVI

SERIE ESPECIAL

NUM. 386

NUM. 157

EL VERDUGO

La película **EL VERDUGO** está basada en un episodio de la Guerra de la Independencia de 1808 a 1814, generalmente tergiversado. Esta obra reivindica la decisiva influencia político-militar que aquel episodio tuvo en el ulterior desarrollo de la campaña de liberación, ya que dio origen a la formación de la Junta Suprema Central Gubernativa del Reino, al frente de la cual estaban el Conde de Floridablanca, Jovellanos y Martín Garay, cuya labor fué a todas luces meritoria y eficaz.

Militarmente, este episodio fué eje de la acción conjunta del Marqués de la Romana con Sir John Moore, que liberó Galicia de invasores a poco de comenzada la guerra. Y, desembarazando la retaguardia al futuro lord Wellington, le permitió una triunfal sobre Juncos en Portugal y su eficaz acción en la Península, teniendo en jaque a Murat, Soult, Víctor y Ney, hasta que los intereses diplomáticos que tanto influyeron en la prolongación de la lucha, aconsejaron organizar la batalla suprema y decisiva.



CASA CENTRAL:

ENRIQUE GRANADOS, 44 - BARCELONA

SUCURSALES EN

BARCELONA • MADRID • VALENCIA • BILBAO • SEVILLA

Reservados los derechos de
traducción y reproducción

ARTES GRAFICAS ESTILO
Valencia, 234 - Teléfono 70657
BARCELONA

LA CIUDAD DE NANTES

En junio de 1940, las fuerzas militares alemanas rompían violentamente y con franca decisión la escasa resistencia que Francia oponía a sus invasores tradicionales. Durante nueve meses, o sea desde septiembre de 1939, en que el conflicto armado se desencadenó, Francia no conoció propiamente la guerra. La avalancha de la primavera de 1940 la cogió, pues, de improviso, y a ello fué debido que, rotas sus líneas defensivas por parte del poderoso ejército germano, el pánico y la desorganización reinaran por todas partes.

La ciudad de Nantes, como todas aquellas que se veían amenazadas por el alud, iba quedando solitaria. Sus habitantes, aterrorizados ante los constantes bombardeos germanos, huían hacia el sudeste para alcanzar Burdeos, donde también buscaba refugio y protección el Gobierno Reynaud, que había evacuado París, ya ocupado el 14 de junio. Las carreteras rebosaban de gente y de vehículos, cargados, unos y otros, de los utensilios más heterogéneos. Los trenes circulaban escasamente y con dificultades, e iban rebosantes de gentes de todas las edades y de todas las condiciones. Los momentos eran inciertos, angustiosos, dramáticos. Todos los franceses, afectados por el avance alemán, iban a la deriva, sin otro deseo que el de escapar a la aviación enemiga victoriosa.

El Lycée Internacional de Nantes, que acogía y educaba en sus aulas las hijas de aristócratas y potentados de diversos países, había ido también evacuando a sus alumnas, a medida que la guerra tomaba proporciones alarmantes. En cuanto se tuvo noticia de que los últimos reductos franceses de resistencia habían sido rotos y que los avances se convertían en un paseo militar, se organizó en el Lycée Internacional la evacuación del resto de las alumnas, de aquellas cuyos padres o allegados no habían podido ir a recoger personalmente para ponerlas a salvo. Estas serían llevadas a Burdeos, donde las embajadas, ya instaladas allí, garantizarían, en la medida de lo posible, la repatriación de las muchachas.

En plena y nerviosa actividad, un grupo de alumnas del Lycée — Kiko, Kitty, Wanda, Esther, Suzanno, Josette y Elizabeth — preparaban sus equipajes para trasladarse en tren, cuanto antes, a Burdeos. Era preciso que se llevaran lo imprescindible y que, dadas las circunstancias del éxodo, abandonaran todo lo demás. Es evidente que esa disposición de la directora del Lycée — decisión, por demás, justa y razonada — había de provocar indecisiones y reticencias, también lógicas, por parte de las alumnas. Josette era la que parecía más preocupada ante la perspectiva de abandonar ropas y cosas a las que tenía singular aprecio. Por eso no se decidía a elegir lo que debía llevarse y lo que debía quedar en el colegio. Si Josette se retrasaba tanto en los preparativos, en cambio, su compañera Kiko se daba mucha prisa. Muchacha decidida e inquieta, no sufría ninguna vacilación ante el temor de nuevas incursiones aéreas de los alemanes y de una ocupación por parte de éstos de la ciudad de Nantes. Al darse cuenta de la indecisión de su amiga, Kiko, aproximándola, no pudo contenerse de exclamar:

—Anda, Josette. Decídete de una vez. El tren sale a las 12,10 y no nos queda mucho tiempo.

—«Mademoiselles» dijo que sólo podríamos llevarnos un maletín de mano — contestó nostálgica Josette.

—¿Y qué? — preguntó Kiko como si eso le importara poco.

—Que como no sabemos a qué hora llegaremos a Burdeos, ¡imagínate si no encontramos a papá y tenemos que ir a una embajada!...

Allí, junto a ellas, estaba Suzanne, hermana de Josette, a la que Kiko dijo:

—Tu hermana es tonta.

A lo que Suzanne replicó:

—Es que Josette está ilusionada en casarse con un diplomático.

Kiko, siempre alegre y jovial, aun en las circunstancias más críticas —como aquéllas—, se echó a reír.

—No te rías, Kiko—le dijo Suzanne a guisa de reproche—. A mí también me gustaría.

Y con resolución sacó de su maletín prendas de vestir ya acomodadas y destinó un espacio a su blanco traje largo, profusamente adornado con tules. Si a Josette le había mal tener que marcharse sin sus mejores galas, era porque temía llegar a una embajada y encontrarse con pocos vestidos. Tanto a ella como a su hermana Suzanne les hubiese gustado casarse con un diplomático. Y era muy lamentable tener que presentarse, nada menos que en una embajada, con las sencillas ropas de viaje.

Mientras Suzanne se hallaba contemplando arrojada el traje blanco de tul, se oyeron hirientes las sirenas de alarma, seguidas de unas explosiones cada vez más próximas. Por el efecto de las explosiones, una densa humareda penetró en el Lycée, y unos cristales quedaron rotos. Las muchachas no perdieron la serenidad. Kiko apresuró el cierre de sus equipajes sin dar muestras de desorientación. Wanda acudió instintivamente a ajustar los postigos de las ventanas. En aquel momento incierto apareció «mademoiselle» en la habitación de las muchachas. «Mademoiselle» era una celadora del Lycée. Cincuentona, iba tocada de un ridículo sombrero de institutriz. A pesar de lo difícil de la situación, ella no perdía el humor de vestirse a su manera para atraer la atención de algún solterón rezagado.

—A prisa, a prisa, señoritas —gritó nerviosamente—, que perdemos el tren.

Las descargas se oyeron más cercanas, y se acentuó el ruido de los aparatos.

Precipitadamente salieron las muchachas. Pasado el peligro de la aviación, montaron en un autocar que había de conducir las hasta la estación. El trayecto se hizo sin grandes dificultades, y las muchachas, siempre acompañadas de «mademoiselle», pudieron acomodarse en un vagón de primera clase. «Mademoiselle», Suzanne, Kitty y Josette estaban sentadas. En el pasillo se quedaron Kiko, Wanda, Elizabeth y Esther. El vagón estaba abarrotado. En aquellos momentos no podía haber distinciones. En un departamento de primera se hallaban mezcladas gentes de todos los aspectos y de todas las condiciones. En sus rostros se reflejaban la angustia y el bochorno que pesaba en el ambiente. El lugar estaba literalmente sembrado de maletas, macutos, maletines, mantas y fardos.

Abriéndose paso por entre aquel montón informe, avanzó por el pasillo un sargento cargado de un macuto repleto, con una manta en bandolera y el fusil que le cruzaba el pecho. Se detuvo en el dintel del compartimiento ocupado por «mademoiselle» y algunas de las muchachas y penetró en él forzando la entrada. El sargento, con su macuto, tiró el sombrerillo de «mademoiselle», la que, vivamente molesta, se apresuró a colocárselo de nuevo. Las alumnas del Lycée se echaron a reír ante la graciosa escena. Queriendo disipar el hilarante efecto que el incidente había producido, «mademoiselle» exclamó:

—Cada guerra es peor que su precedente. Recuerdo que en la anterior también hubo de ser evacuada.

El sargento, mirando a «mademoiselle», exclamó insolente:

—Se referirá usted a la de 1870, «madame»...

Hubo un estallido de risas, entre las que destacaron las del barbudo soldado.

—Me refiero, claro está—respondió «mademoiselle» muy dig-

na—, a cuando sólo se combatía en los frentes, que es donde estaban los soldados.

Y dirigió una mirada hacia las alumnas, como buscando su aquiescencia para tan rotunda afirmación.

Se hizo el silencio. Esther se dirigió hacia la ventanilla, al tener la impresión de que volvían a roncar los motores de la aviación enemiga.

—¿Qué miras, Esther?—preguntó Wanda, inquieta por el aire de preocupación de su amiga.

—Creí que era la aviación otra vez. Tengo ese ruido metido en la cabeza. Siempre me parece tenerlos encima.

—Si sólo fueras tú...—respondió Elizabeth.

Y se acomodó para tratar de conciliar el sueño. Kiko se dispuso a hacer lo mismo, pero atendió a algo —algo que inquietaba a todos los viajeros—, y se puso súbitamente en pie. En efecto, los temores eran fundados. El ruido de la aviación se hacía sentir por encima del tren.

—No sé por qué, pero creo que el ruido está muy cerca, y no solamente en nuestras cabezas.

Un estallido fué el colofón a las palabras pronunciadas por Kiko. Entre una gran humareda, el vagón basculó, y con otro estallido escalofriante éste quedó convertido en un informe montón de astillas, de maletas, de cristales y de cuerpos humanos. El momento fué de un intenso dramatismo. El vagón se precipitó sobre un terraplén y el fuego prendió rápidamente.

Gentes heridas, con sus ropas destrozadas, salieron de entre los restos del convoy. Las muchachas intentaron escapar también de aquel infierno de sangre y de fuego. Kiko estaba herida en la frente; Suzanne se hallaba, en el pasillo, sometida al peso de un grueso maletón. Sus amigas Josette y Kitty, maltruchas y con las ropas destrozadas, hicieron esfuerzos para sacarla de allí, ayudadas por Kiko. Entre las tres consiguieron liberar a Suzanne. Pero Elizabeth, ¿dónde estaba Elizabeth? ¿Y «mademoiselle»? Todas volvieron la vista en torno. Fué Josette la que vió, entre un montón de escombros humeantes, el brazo de «mademoiselle», rígido,

terribilmente envarado, aferrado a su sombrerillo de institutriz. Las muchachas quedaron aterradas. Pero ya no podían hacer nada por «mademoiselles». Era preciso ocuparse de Elizabeth, que tampoco había dado señal de vida. Felizmente oyeron sus gemidos por entre un montón de estillas y de maletas. Sus amigas acudieron prontas a sacarla de tan difícil situación. Elizabeth estaba herida en un brazo y apenas podía moverse. Kiko se precipitó sobre ella, y buscando algo con la mirada, consiguió alcanzar un maletín y apoderarse del traje de tul. Ya en sus manos, resueitamente lo rasgó. Era el famoso traje de tul que tan preciosamente Suzanne había guardado.

—¡Mi traje!—no pudo menos que decir Suzanne al ver el desgarrón que sufría su preciada ropa.

Y hasta intentó recuperarlo, movida por un irresistible impulso. Pero Kiko se desembarazó enérgicamente de ella y concluyó de vendar a Elizabeth mientras comentaba:

—Lo siento por tu embajador.

Luego, por una de las puertas destrozadas del vagón, Kiko y Kitty ayudaron a salir a Elizabeth, que iba con el brazo vendado con los tules, y sostenido, en cabestrillo, por un pañuelo.

Detrás iba Wanda, ayudada por Esther, y Josette con dos bolsos, y Suzanne con su maleta rota y colgando del brazo los restos del traje de tul, manchado de barro y de sangre.

Todas las muchachas habían podido salvar sus vidas. Allí, en el vagón, sólo dejaron el cuerpo inerte de la desventurada «mademoiselle».

Magulladas y cargadas con lo poco que pudieron recoger de sus equipajes, las muchachas consiguieron llegar hasta la carretera, en la que se hallaban infinidad de vehículos cargados de enseres domésticos que iban avanzando para escapar de la invasión alemana. Por entre los vehículos circulaban innumerables gentes con el rostro pálido y el aire de fatiga.

El éxodo tampoco era respetado por la aviación. Se oyeron nuevos ruidos de motor y luego el escalofriante estallido de las

bombas. Las muchachas se echaron al suelo, siguiendo el ejemplo de las demás gentes que las acompañaban en el trágico éxodo.

El nuevo bombardeo dejó la carretera sembrada de cadáveres y de heridos. Muchos de los coches y de los carros quedaron inutilizados, por lo que el camino se hacía más difícil todavía para aquellas gentes.

EN BUSCA DE PROTECCION

Entre los coches situados en medio de la carretera, había una camioneta de las llamadas «rubias» por la forma de su carrocería. Su conductor, un cuarentón que tenía aspecto de almacenista importante, al oír la alarma se dispuso a saltar a tierra, pero no tuvo tiempo. Una nueva explosión se hizo sentir y unos trozos de metralla le alcanzaron. Los cristales del parabrisas saltaron hechos añicos, y el conductor, herido de un modo impresionante, cayó fulminado, muerto, de bruces sobre el volante.

Cuando los aviones desaparecieron de aquellos lugares, Kiko, que con sus compañeros de colegio se hallaba guardada en una zanja de la carretera, levantó la cabeza y, conminativa, ordenó:

—Vamos. ¡Hay que aprovechar!

Las muchachas se levantaron precipitadamente y salieron de su provisional refugio. Una vez a salvo dirigieron sus miradas a derecha e izquierda para encontrar un coche, una camioneta o un carro que las condujera carretera adelante en pos de unas regiones más seguras. Entre el caos producido por la aviación, y entre coches, camionetas, carros y gentes presurosas y medio muertas de miedo, Kiko se apercibió de la camioneta «rubia», y seguida

siempre de sus compañeras se dirigió hacia ella. Un espectáculo sangriento había de esperarlas en cuanto llegaran al lugar donde la camioneta se hallaba. El cuerpo de un hombre yacía, ensangrentado e inerte, en el volante. Kiko y sus amigas echaron una ojeada al interior. Luego, Kiko, como asaltada por una idea feliz, abrió resueltamente la puerta del vehículo. Su propósito era el de subir con sus amigas en el coche —puesto que su desgraciado ocupante ya no podía utilizarlo— y dirigirse a Burdeos en busca de un cobijo. Al presumir la intención de Kiko y viendo el cadáver del conductor del coche, Josette no pudo reprimirse de decir:

—No pensarás llevarlo con nosotras...

—Claro que no—respondió Kiko.

Y utilizando el tono imperativo, conminatorio, que solía emplear en las circunstancias más graves, Kiko añadió:

—¡Coge de ahí!

—¿Qué te figuras, Kiko? Ni te ayudo ni subo.

Y Josette se dispuso a marcharse, pero Esther la detuvo violentamente de un brazo y, auxiliada por Elizabeth, la introdujo en la parte trasera de la camioneta. Entretanto, Kiko, ayudada por Kitty y Wanda, depositaron el cadáver sobre una cuneta. Luego subieron las tres en el coche, y Kiko se colocó ante el volante.

—¿Adónde vamos?—preguntó Suzanne atemorizada.

—¡A Burdeos!—respondió Kiko con decisión.

Puso el motor en marcha y se dirigieron carretera adelante hacia aquella ciudad, que en tales momentos les parecía una nueva tierra de promisión.

Tras una fatigante y frecuentemente interrumpida marcha por las carreteras llenas de gentes y de vehículos, las muchachas llegaron a Burdeos. La populosa ciudad atlántica se había convertido en una verdadera ciudad de guerra. Por todas partes afluan gentes huidas de sus hogares, con el rostro pálido, replegado angustia y sufrimiento físico y moral. Unas casas aparecían derruidas por recientes bombardeos. Toda la villa respiraba el ambiente de pólvora y reflejaba el caos que la invasión alemana iba sembrando a medida que, inexorable, se producía.

La primera cosa que las muchachas hicieron al llegar a Burdeos fué conducir a Elizabeth a casa de un médico. Se metieron en la primera clínica que encontraron —la Clinique Garonne— y poco rato después salían con Elizabeth, quien ya aparecía con el brazo bien vendado y limpio en cabestrillo.

Pero, una vez fuera de la clínica, ¿qué iban a hacer? El personal de las embajadas había ya salido por la mañana. Por otra parte, Josette no encontró a su papá, en el que todas las muchachas del Lycée tenían, en aquellos momentos, cifradas sus esperanzas.

—No te apures—intervino Kiko al oír los lamentos de Josette— Probaremos a buscar a tu papá en todos los hoteles que queden en pie.

Y, ordenando a las muchachas que subieran en la camioneta, se dirigieron a varios de los hoteles que iban cruzando a su paso por las calles de la ciudad.

Recorrieron muchos y en todas partes les decían lo mismo: «¿Monsieur Dompier? ¡No está en el hotel!» Descorazonadas ante tantas negativas, ya querían renunciar a proseguir su busca. Pero había de ser Kiko la que, más decidida que las otras, proponía continuarla. La perseverancia preconizada por Kiko fué premiada. En efecto, en uno de los hoteles visitados se hallaba el banquero «monsieur» Anatole-Henri Dompier, padre de Josette y de Suzanne.

En cuanto el conserje les hubo dado la buena noticia, las muchachas se precipitaron escaleras arriba en busca del señor Dompier.

Una vez hubieron dado con el padre de Josette, con la natural alegría, como si se hubiesen quitado un enorme peso de encima —que en verdad se lo quitaron—, las muchachas se asearon un poco y luego se colocaron en torno a una mesa en la que, en contraste dramático con el lujo de la habitación, les fué servida una comida modestísima.

El señor Dompier aparecía gravemente preocupado. En verdad, le inquietaba, como buen francés, la situación del país. Y le

inquietaba la suerte que el destino podía reservar a aquellas jóvenes muchachas.

—¿Tenéis ya pensado lo que haréis?—preguntóles inquieto por la respuesta.

—Lo que sea, con tal de salir de aquí—respondió Esther.

—Mi única y última esperanza era encontrar algún compatriota que hubiera estado en Varsovia después de la ocupación—comentó desolada Wanda—. Por lo menos, sabría con seguridad qué ha sido de mi familia.

—¿Qué va a ser de nosotras?...

—Mis padres estarán encantados en tenerles como huéspedes hasta que acabe la guerra o resuelvan lo que vayan a hacer—propuso Kitty dirigiéndose también a «monsieur» Dompier.

—Es una atención impagable ofrecernos su casa, señorita; pero...—arguyó el señor Dompier.

—No tienen que preocuparse por nada—insistió la norteamericana Kitty—. Además, en América estaremos a salvo de todo peligro. Allí no puede haber guerra.

Kitty quedó con una animosa sonrisa en los labios, y paseó la mirada por el rostro de sus compañeras, sin olvidar tampoco el del señor Dompier; pero en seguida se dio cuenta de que sus palabras, en vez de animarles, evocaban su precaria situación actual.

—¿Crees tú que es posible llegar hasta allí?—preguntó Wanda.

—¡Claro!

—¿Y cómo?

—¿Cómo? ¡Vaya una pregunta! Iremos en... con... Ya está... En el «Clipper».

—En el «Clipper». ¿eh? Total, nada. ¡Avión, aterrizaje y Nueva York, final de trayecto!—gritó irónica Kiko.

—Pero, ¿de dónde sacaremos el dinero?—preguntó la recelosa Wanda.

—Yo tengo trescientos cuarenta francos—dijo Wanda un poco más animosa.

—Y yo guardo setecientos en el maletín—secundó Esther.

—No os apuréis por eso—intervino Josette—. Papá nos proporcionará lo que necesitamos.

Pero «monsieur» Dompier, que no ignoraba las proporciones de la tragedia que asolaba a Francia en aquellos momentos, movió tristemente la cabeza para decir que los francos no les servirían de nada, porque ya no tenían cotización. Y añadió:

—Nosotros nos quedamos en Francia. Lo que sea de nuestra patria será de nosotros. Además, esto no puede durar.

—Sea como sea, nosotras tenemos que llegar a América—institió Kitty.

Pero esta vez, como en tantas otras situaciones, fué Kiko la que dió la solución.

—Ya tengo el modo de ir a América. Veréis. Cogemos la camióneta, llegamos a la frontera española, allí nos detienen.

—¿Nos detienen?

—¿Detenemos?

—Dejad que termine. Allí nos detienen. Telefono a mi primo y...

Pocos momentos después las muchachas se agolpaban en torno a Kiko, quien esperaba que le diesen conferencia telefónica con Menda, población gallega situada junto a la ría de Arosa. Allí residía su primo Fernando, marqués de Leganés.

Finalmente el marqués fué avisado de que desde Irún unas muchachas querían hablar con él.

Una vez en el aparato, Kiko pidió a su primo que les mandara un aval para cinco de sus amigas. Fernando no sólo no puso ningún reparo, sino que dió las necesarias instrucciones a su mayordomo para que los documentos llegaran a su destino, y para que fuesen preparadas unas habitaciones y una buena cena para su prima Kiko y sus cuatro amigas.

EN EL CASTILLO DEL MARQUES DE LEGANES

En posesión de los necesarios avales, Kiko y sus compañeras subieron de nuevo en la camióneta, y cruzando las carreteras del norte de España, llegaron al atardecer al castillo del marqués de Leganés. En la puerta principal las esperaba Fernando, quien sin apresuramiento, pero cordial, se dirigió a las muchachas para darles la bienvenida.

—Estas que aquí ves, querido primo—dijo, a guisa de presentación, la decidida Kiko—, son los restos de mis amigas. Ya sé que no parecemos muy atractivas; pero, si nos ofreces un buen baño, estaremos en disposición de ser elogiadas por nuestra belleza.

Y, dirigiéndose a sus compañeras, hizo la presentación de su primo:

—Queridas compañeras, el caballero que acude a recibirnos es mi primo Fernando, célebre por su mal genio, aunque en esta ocasión parezca tan feliz con nuestra llegada.

—No hagan caso de Eugenia y sean bienvenidas a Menda.

En efecto, Fernando tenía fama de mal genio. En realidad, era un hombre —joven por sus años, pero rico en experiencias—,

que sabía decir las cosas sinceramente, y no vacilaba en exponerlas así fuese con quien fuere. Esa condición, esa virtud, era lo que, a los ojos de mucha gente, aparecía como un defecto.

En cuanto las muchachas se hubieron lavado y arreglado un poco, valiéndose de las ropas que habían podido salvar, bajaron al comedor, donde les esperaba una buena cena, ofrecida en una mesa lujosamente puesta.

La cena se desarrolló en un plan de franca camaradería. Las muchachas, más que comer, devoraban. Fernando las iba observando en silencio. Kitty, que se dió cuenta, suspendió por un momento la comida, y mirando a Fernando, a quien dedicó una encantadora sonrisa, le dijo:

—Supongo que estos momentos no son muy buena propaganda para un Lycée Internacional...

—Si nuestro plan de estudios—comentó Kiko—hubiera previsto la huida a través de un país invadido, podríamos comer hasta saciarnos y, al mismo tiempo, sentar plaza de señoritas educadas.

Terminada la comida, pasaron a otro salón confortable en el que les fué servido el café. Las muchachas curiosaron los cuadros que decoraban la suntuosa habitación. Respiraban alegremente, tranquilamente, y todo aquello les parecía más propio de un cuento de hadas que de la realidad. Días antes, horas antes, se encontraban las cinco deambulando por las carreteras llenas de gente que huían despavoridas de los efectos de una aviación implacable. Fernando se daba cuenta de lo que las muchachas sentían en aquellos momentos, y para tranquilizarlas aún más les dijo:

—Ya sabéis que podéis quedaros aquí hasta que acabe la guerra.

—¿Quedarnos?—exclamó Kiko—. ¿Para que nos veamos en otra como la que hemos dejado? Aun no te has enterado de lo que te pedimos.

Empleando un tono grave y pausado, y mientras se acomoda-

ba en un butacón con la taza de café humeante en sus manos, Fernando dijo irónicamente:

—Sí, está enterado. Sois cinco señoritas que venís asustadísimas del extranjero porque por ahí las cosas andan a tiros.

—Si sólo fuera a tiros—murmuró Kitty.

—Y que—prosiguió Fernando—, en vista de ello, queréis volver al extranjero. ¿No es eso?

—Sí, eso es. Pero a otro extranjero—contestó Kiko—. Pero, ¿es que no te das cuenta, Fernando, que dentro de una semana no será posible vivir en ninguna parte de Europa?

—Olvidas que aquí estamos en España. Nosotros no emprendimos jamás ninguna guerra como ésta. Ni nos dejaremos arrastrar a ella. Somos católicos y caballeros, y nuestra espada sirvió para civilizar mundo con nuestra religión y para defender nuestra independencia.

—Eso son tonterías y quijotadas—replicó Kiko—. Si hubieras tenido que venir desde Nantes hasta la frontera bajo las bombas, no hablarías de espadas.

—No me extraña que no me entiendas. A ti ya no se te puede hablar como española, porque te has convertido en una extranjera, tan extranjera que hasta el color de tu pelo has cambiado.

—Desde luego—replicó aun Kiko a su primo—. Eres un auténtico Leganés. Te gusta molestar a todos los que no piensan como tú.

Fernando miró a Kiko con un gesto que, sin ser despectivo, indicaba la indiferencia que sentía hacia las ideas de su primo, y resolvió decir:

—Podéis marcharos a América o donde sea. Al fin de cuentas, me tiene sin cuidado lo que puedas hacer.

—No le hagáis caso—dijo Kiko dirigiéndose a sus compañeras—. A veces le gusta imitar a un bisabuelo nuestro a quien llamaban «el Verdugo». ¡Cómo sería el pobre!... De él ha heredado ese hermoso carácter que ahora exhibe. ¿No es eso, Fernando?

—Pues gracias a ese «Verdugo», cuyo recuerdo te divierte

tanto, estamos los dos aquí. Debieras sentirte orgullosa de tu antepasado. Si hubieras aprendido menos historia universal y un poco mejor la de tu familia...

—Bueno. Nunca es tarde. Pero, ¿por qué no me la enseñas tú? Estoy segura que a todas les gustará aprenderla.

Y viendo que sus amigas aceptaban con divertido entusiasmo, Kiko se levantó, depositó su taza en la mesa, y, acercándose a su primo, le dijo con cómica solemnidad:

—Por unanimidad acabas de ser nombrado profesor de historia del equipo ambulante del Lycée International.

—La historia de «el Verdugo» no es la más apropiada ciertamente para hacerles pasar el rato; pero es la adecuada en estas circunstancias, en las que las tragedias y horrores que han presenciado hacen tambalear su fe en los valores eternos.

Y tras haber contemplado fija y emocionadamente el cuadro de Clara, su antepasada, que presidía el salón, Fernando empezó su relato.

ERA EN TIEMPOS DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA...

El relato comenzaba en 1808, cuando la represión que Joaquín Murat organizó después del 2 de Mayo era seguida por la ocupación de todo el territorio español por las tropas napoleónicas. Los guerrilleros mantenían la fe en la independencia, aguardando el instante en que pudieran batir definitivamente a los invasores con la ayuda de Inglaterra. Galicia era especialmente vigilada por las facilidades que sus costas ofrecían para un desembarco. De modo singular, el marqués de Leganés —antepasado de Fernando y de Kiko— era preocupación constante del mariscal Ney. Sin embargo, el viejo marqués había acogido a la guarnición francesa en Menda con bastante cordialidad, y hasta permitía que su jefe, el comandante Víctor Marchand, pintara un retrato de su hija Clara.

En efecto, el comandante Marchand entretenía sus ocios de comandante francés de la plaza para hacer un retrato de la hija del marqués de Leganés.

—Espero—le dijo un día—que el retrato haga comprender a su padre que los franceses, además de hacer la guerra, somos gente civilizada. Pintamos cuadros, aunque eso no tiene ningún mé-

rito, porque la belleza hay que elogiarla de un modo u otro, y como nosotros aun somos tan torpes hablando español...

—Es un bonito elogio, «monsieur» Marchand — dijo Clara, mientras contemplaba el retrato que el comandante le estaba haciendo.

—Cuando le oigo llamarme «monsieur» Marchand, me doy cuenta que para usted, Clara, sólo soy un extranjero. Quisiera oírle llamarme Víctor.

—Eso es español...

—Por oírsele a usted, me gustaría serio.

—Pero, ¿qué diría Napoleón si le escuchara?

—Estoy seguro que no me ascendería—replicó el comandante. Y luego prosiguió:

—Seríamente, Clara. Quisiera que no hubiese esa diferencia de nacionalidad y que pudiéramos llamarnos no sólo Víctor y Clara, sino todos los nombres cariñosos con que yo nombraría a la mujer que amo.

Y Víctor Marchand quedó mirando a Clara con una interrogación en sus ojos. Clara desvió la vista tristemente y salió hacia el caballete.

—Creo que eso nunca sucederá. Nadie debe negar su patria. Y usted no lo hará, aunque reconozco que los suyos están equivocados.

—No hablemos de ello. De todas formas, aunque no existieran esas diferencias de nación, hay otras que nunca podré franquear. Mis padres no son más que unos tenderos en París. Venden medias y corrajes para militares y caballerías. Son gente sencilla que imaginan que entre un hombre y una mujer sólo importa el amor.

Casi insinuante, pero sin perder nada de su ingenuidad, Clara preguntó a Víctor:

—¿Y usted piensa de manera distinta?

Adivinando el porqué de la pregunta, el comandante hizo ademán de abrazar a Clara, pero se le enredó el sable, que quedó en-

tre a ambos. Clara, en tono de reconvención, pero sin aire demasiado severo, le dijo:

—Me parece que tampoco deben existir espadas entre un hombre y una mujer.

Victor arregló su sable y fogosamente contestó:

—Algún día no las habrá, Clara. Pronto acabarán las guerrillas y...

—Si Francia comprendiera que España debe vivir independiente, como siempre lo fué.

—Algo sucederá y todo acabará por arreglarse. Después ya sólo quedará entre nosotros la diferencia que hay entre un tendero de París y el marqués de Leganés.

Aprovechó Clara la alusión a su padre para decir al comandante Marchand:

—Quien, por cierto, me encargó recomendarle que usted y sus oficiales quedaban invitados mañana al baile con que celebraremos el día de Santiago, y el que la señorita Clara de Osorio cumple veintiún años. Y recuerde que mañana es misa de precepto en España.

—Para mí lo es siempre que usted asista.

Clara montó en su caballo. Lo golpeó ligeramente con la fusta y salió del campo, mientras Víctor se acercó al lienzo para recogerlo, y con los materiales de trabajo, como improvisado pintor, se dirigió hacia el cuartel general.

La sala del cuartel general de las tropas de ocupación estaba, como casi siempre, llena de humo. Algunos de los oficiales charlaban animadamente entre ellos y no cesaban de fumar para distraer sus ocios.

Al entrar el comandante Víctor Marchand, sus compañeros se levantaron y se cuadraron ante él. El comandante correspondió al saludo. Su habitual aire de gravedad y de preocupación se había trocado aquel día en aire de satisfacción. Las últimas palabras pronunciadas por Clara resonaban todavía en sus oídos y su corazón estaba lleno de indecibles esperanzas.

Aquella mañana el comandante se sentía predispuesto a la

conversación con sus compañeros de armas. Pero cuando se disponía a departir con ellos, llegó un sargento, quien, saludándole, le entregó un pliego. Era un despacho del general Gaillard.

El comandante Marchand desplegó el mensaje, lo repasó rápidamente y frunció el ceño. Sus compañeros estaban pendientes de la reacción que observarían en su rostro. Al notar su aire evidente de preocupación, el capitán Grioux exclamó:

—Si se trata de abandonar Menda, puedes callar el contenido del mensaje.

A lo que el comandante repuso:

—El mariscal Ney ha tenido confidencias de un levantamiento que, según parece, ha de tener lugar en la ría de Arosa para proteger un desembarco inglés.

Los capitanes Didier y Grioux se miraron, primeramente, serios; luego, burlones.

—¿En la ría de Arosa?—preguntó Didier—. ¡Pero si éste es el sitio más tranquilo que conozco!...

—Y el único que ha simpatizado con nosotros — subrayó Grioux—. ¡Bah, bah!, el mariscal se va haciendo viejo.

—De todos modos—dijo Victor Marchand—, hay que tomar precauciones.

Y el comandante se retiró a su despacho.

Entretanto, Clara llegaba a su casa e iba al encuentro de su padre.

—¡Hola, papá!

El marqués de Leganés, viendo a su hija que llegaba montada a caballo, adivinó de dónde llegaba:

—Supongo que habrás visto a tu pintor...—le dijo.

—Sí, papá.

—¿No habrás olvidado invitarle para mañana?—le preguntó muy interesado.

—Claro que no. Y me ha prometido no faltar. Lástima que no pueda tener acabado el retrato que me está haciendo.

Pero lo que en aquellos momentos interesaba vivamente al marqués era saber si, con el comandante, los demás oficiales fran-

ceses asistirían a la fiesta, y se lo preguntó varias veces al punto que Clara tuvo que preguntarle el porqué de su insistencia, a lo que el marqués contestó como si, en realidad, no tuviera marcado interés en ello: «Por nada, hija; por nada.» Y salió al campo, dejando a Clara mirándole sin entender el hondo sentido de sus palabras.

EL DÍA DE SANTIAGO

El día de Santiago tuvo lugar en la iglesia parroquial de Menda un solemne oficio religioso. Toda la ciudad estaba allí, presidida por su alcalde. El marqués de Leganés acudió a la fiesta religiosa con sus hijas Margarita y Clara y su primogénito Juan. Detrás de ellos, como por pura coincidencia, iba el comandante Víctor Marchand.

La familia del marqués coincidió con Víctor ante la pila de agua bendita. Juan, el primogénito, cruzó la mirada con la del comandante. Y haciendo un gesto significativo, como si quisiera ignorar ostensiblemente a Víctor, ofreció el agua bendita a su hermanita Margarita, que a la sazón tenía nueve años. Luego el marqués se adelantó a tomar agua para ofrecerla a Clara. Cuando iba a hacer el mismo gesto para Víctor, se arrepintió y retiró ligeramente la mano, observando:

—Hoy es el día del Patrón de España y quizá no guste de oír misa con nosotros.

El comandante le miró extrañado, pero sin advertir ningún doble sentido —que desde luego lo tenía— en sus palabras.

—No digas eso, papá—intervino dulcemente Clara—. Preci-

samente es lo único que puede unir a dos países que no se comprenden.

—Pareces estar muy al corriente de la diplomacia internacional—observó el marqués refiriéndose a su hija.

—Estamos en una situación—dijo cordialmente el comandante—de la que ninguno de nosotros es responsable. En realidad, todos nos encontramos forzados y violentos.

Y tendió su mano al marqués en demanda del agua bendita. Cuando el marqués iba a dársela, Clara se adelantó tendiendo a Víctor la punta de sus dedos. Víctor se santiguó al propio tiempo que ella, y al concluir la señal devota besó la punta de sus dedos mirando significativamente a Clara.

Y junto con la familia Leganés, pero con un visible gesto de contrariedad por parte de Juan, el primogénito, y de su hermana Margarita, el comandante penetró en la iglesia.

Desde las gradas del altar, el sacerdote oficiante pronunció su sermón, cuyas palabras fueron atentamente escuchadas por el comandante.

—La ambición—decía el sacerdote—separa a los hombres con barreras infranqueables, alejándolos del servicio de Cristo, cuya milicia es la única honrosa y verdadera. Lo demás es palabrería con que se disfraza el egoísmo. Aunque a veces recurra a los más nobles sentimientos para obligar a los demás a secundar sus disoluciones.

Luego, contundente y enérgico, exclamó:

—Cuando la patria está en manos que la llevan por malos cauces, el verdadero patriota sólo tiene un buen servicio posible: ponerse al lado de la justicia.

Y al decir eso, el sacerdote miró al comandante, quien trataba de desentrañar el sentido del sermón, que se le hacía sospechoso. Y proseguía su sermón:

—... porque los pueblos no suelen equivocarse. Son sus jefes quienes, a veces, se equivocan. Hoy es la festividad del Santo Patrón de España. Este año más que nunca sentimos que el grito de «¡Santiago y cierra España!» se nos escapa de la garganta, y

gritamos a todos los cristianos, a los nuestros y a los que nacen más allá de nuestras fronteras...

El marqués, que estaba escuchando atentamente al sacerdote, trató de observar cómo, ante aquellas palabras, reaccionaba Víctor. Este se sentía inquieto y estaba en tensión. Instintivamente oprimió su sable y echó, en derredor suyo, una mirada de desconfianza, mientras el sacerdote iba diciendo:

—Sed buenos católicos y no os hagáis cómplices de las ambiciones de los hombres.

En aquel momento, el comandante Marchand se levantó como un autómatas. El marqués de Leganés y su hijo Juan se levantaron con un movimiento reflejo al del francés. El rostro de Juan aparecía convulso, rojo de ira. Clara le miró alarmada y le sujetó, obligándole a sentarse. En cambio, el marqués se acercó al pasillo y alcanzó al comandante casi en la puerta del templo. Los dos se miraron casi agresivos.

—Mi uniforme—dijo el comandante—no me permite seguir aquí.

—Ya le advertí—respondió secamente el marqués—que no le agradecería asistir a esta misa.

—En verdad que es algo extraña, señor marqués—comentó en tono sarcástico el comandante.

—Lo siento, señor comandante; pero es la única que hoy celebramos.

Victor se cuadró militarmente, chocó sus talones y, erguido, se dirigió a la salida. El marqués volvió al altar para ocupar de nuevo su reclinatorio, mientras su hija Clara le observaba atentamente.

Mientras se desarrollaba la misa, una escuadra de soldados franceses, al mando del capitán Grioux, se dedicaba a practicar registros en algunas casas; pues el general Gaillard había dispuesto que así se hiciera en previsión de acontecimientos militares que podían producirse en la ría de Arosa.

Pero los registros no daban ningún resultado. En todas partes

encontraron únicamente trastos viejos —trajes antiguos, reliquias familiares...—, pero ninguna arma.

A pesar de que los oficiales —ni los soldados— no creían en un levantamiento popular, no por ello dejaron de tomar sus precauciones, y ya empezaban a desconfiar de aquellas gentes cuya apariencia tranquila no ofrecía ninguna sospecha o, por lo menos, a ellos les parecía así. No pasaba nadie a quien de un modo u otro dejaran de interrogar. En su camino se cruzaron con una muchacha que estaba sacando tranquilamente el agua de un pozo.

—¿Vives en esa casa?—le preguntó el teniente Didier señalando una que estaba próxima al lugar.

—Sí, vivo allí.

—¿Por qué la tienes cerrada?

—Porque tengo aquí la llave—respondió la muchacha muy tranquila con leve ironía y señalando la llave que tenía en el bolsillo del delantal.

—No intentes burlarte. Ya sabes a qué venimos.

La muchacha, sin abandonar su cuerda, sonrió graciosamente.

—No puedo acompañarles porque tengo trabajo; pero, si quieren ir a mi casa, cojan la llave. La tengo en el bolsillo.

El capitán Didier montó en su cabalgadura, miró desconcertado a la muchacha y acabó por sonreír. Luego se alejó con sus soldados, mientras la muchacha acentuaba su sonrisa. Cuando los soldados franceses hubieron desaparecido del lugar, ella tiró enérgicamente de la cuerda del pozo. Segundos después asomaba un gran cubo en el que había trabucos y municiones.

Mientras la escena se producía, en otras casas del pueblo se hacía lo mismo: desenterrar trabucos que habían de servir para el levantamiento popular.

Pero, a pesar de eso, los oficiales franceses estaban tranquilos. No podían sospechar siquiera lo que se estaba fraguando en aquellos momentos. Las gentes aparecían confiadas y tranquilas, con sus trajes domingueros por ser la festividad de Santiago.

—Desde luego—decía el capitán Didier—, lo de la intentona debió ser un falso comunicado.

—Ni estando tan locos como los españoles—arguyó el capitán Grieux—se puede intentar nada con lo que hemos encontrado.

El único que desconfiaba de aquellas gentes era el teniente Rozier.

—Pues yo no me fiaría—dijo— Esa gente, cuando se trata de sentirse patriota, no calcula.

—Tanto peor para ellos—comentó el comandante, que tampoco creía en una intentona que juzgaba descabellada. Sería un suicidio.

Rozier insistió en sus apreciaciones, por lo que el comandante, humorísticamente, le dijo:

—Entonces, señor teniente, eso quiere decir que nos privaremos de su presencia en el baile de esta noche en el palacio del marqués de Leganés.

—¡Exactamente!—contestó el teniente Rozier en tono seco.

—Ya está. Ha tomado en serio lo que dijo el emperador y quiere quedarse solo para ver si encuentra en su mochila un bastón de mariscal—comentó riendo el capitán Didier, secundado por los demás oficiales.

Indignado ante las risas de los demás oficiales, Rozier exclamó:

—¡No me parece ocasión propicia para bromear!

Y volvió la espalda, marchándose de la sala de armas sin que nadie le hiciera caso.

* * *

Por la noche tuvo lugar una espléndida fiesta en los salones del palacio del marqués de Leganés, a la que asistieron, invitados, el comandante Victor Marchand y los demás oficiales franceses,

con la sola excepción del teniente Rozier. Clara todavía no había bajado de sus habitaciones particulares, lo que aprovechó Víctor para salir al balcón saliente de piedra que daba al parque del palacio y desde el que se divisaba la ría de Ansa.

El marqués se dio cuenta de ello, y salió hacia el balcón en busca del comandante, a quien dijo tranquilamente y en tono amigable:

—Parece que le interesa mucho el paisaje a la luz de la luna...

—La belleza del lugar es tanta, que todas las horas son pocas para contemplarlo.

Pero lo que interesaba al marqués era alejar de aquel lugar al comandante, a quien insinuó, galante, que entrara en el salón.

—Lástima que desperdicie su ingenio galanteando al paisaje cuando en la sala hay tantas muchachas que suspiran por un elogio a sus gracias.

—Prefiero reservarlos para Clara...

El marqués le miró fijamente. Víctor sostuvo su mirada y, confiado, agregó con cierta audacia:

—... siempre, claro está, que usted no lo considere inoportuno.

—Mientras usted no pueda asistir a ciertas misas, yo no puedo valorar la sinceridad de su devoción por Clara.

El comandante miró fijamente al marqués tratando de penetrar el verdadero sentido de sus palabras.

—Lo siento—exclamó.

—Será porque usted quiera... Podíamos llegar a un acuerdo.

—Lo malo es que Clara no lo aprobaría, ni en usted ni en mí.

—Tal vez...—repuso el marqués.

Y tratando de introducir al comandante en el salón, le propuso:

—¿Por qué no se lo pregunta y resuelve por lo que ella opine?

En aquel momento se produjo un gran revuelo entre los invitados. Todos los hombres se dirigieron hacia la escalinata del vestíbulo, por la que descendía, majestuosa y más bella que nunca,

la hija del marqués. Llevaba un espléndido traje de gala y su rostro aparecía enmarcado por un cuello Médico y coronado por una diadema de brillantes que realzaba su tocado alto. Llevaba un abanico de plumas, y, en la mano también, su carnet de baile. Realmente era otra que la amazona que Víctor había pintado el día anterior.

Clara descendió lentamente y aceptó con graciosa sencillez la pleitesía que acudían a rendirle todos los asistentes, sin excepción, claro está, de los oficiales franceses, que eran los más entusiastas. El comandante Víctor Marchand se abrió paso hasta ella, cuando ya iba cediendo el asedio abrumador de galanterías y de atenciones de que era objeto.

—He querido ser el último—le dijo—porque así podré bailar con usted el baile final.

Clara le tendió el carnet, en el que Víctor se disponía a inscribir su nombre, pero ella lo retiró con cierta coquetería para mostrárselo.

—Bailaremos el primero. Yo misma he puesto su nombre.

En efecto, Víctor quedó gratamente sorprendido al ver su nombre estampado en el lugar destinado al baile de honor.

—Pero, Clara, eso no puede ser. Después de todo, yo soy un intruso aquí, y el baile de honor no puede corresponder...

—Y, ¿por qué no?—dijo ella acentuando la coquetería—. Yo creía que estaría usted deseándolo.

Víctor se inclinó en señal de asentimiento; la tomó del brazo y se dirigió al centro del salón donde iba a empezar la fiesta.

La orquesta ejecutó el «Play Back Vals» y Víctor y Clara se enlazaron para bailar.

Juan, que estaba bailando con una de las invitadas, no pudo reprimir un gesto de contrariedad, rayando en la indignación, al ver a su hermana Clara en brazos del oficial francés.

Terminó el vals y las parejas se separaron. Los capitanes Didier y Grioux, con las suyas, se dirigieron hacia el balcón. Pero éste, por disposición del marqués, había sido cerrado. A pesar de ello el capitán Didier se dispuso a abrirlo, ante lo cual el criado



Después de haber posado ante el pintor francés, Clara montó en su caballo.



Kiko contemplaba aterrizada el cadáver de «mademoiselle».



El general discuso que la familia del marqués quedará prisionera.



El nuevo bombardeo produjo más víctimas.



Clara observaba angustiosamente expresiones y gestos del general,

como



El comandante fue id el instante la comunicacion que acababa de recibir.



El general la miró fríamente, pero Clara se mantenía en serena y noble actitud.



El primer baile de la noche fué para el comandante Marchand.



La dignidad y la dulce mirada de Clara estaban al general.



al llegar a la vuelta de la escalinata, Clara se detuvo para mirar a Victor.



No se atrevía a decir la verdad a su padre y a su hermano.



El marqués miró fijamente a su hija, y Clara salió de la capilla para entrevistarse con el general.



El sacerdote dio la bendición a los suplicados



...y al conocer la tremenda condición impuesta, Clara dirigió su mirada al Crucifijo del altar.



Juan levantó el hacha
contra su propio padre.



—Esa, que quiero que-
darme—dijo Kiko a su pri-
mo Fernando.

se lo impidió, alegando que había tenido que cerrarlo por orden del comandante de la plaza. Didier y Grioux se miraron asombrados, pero luego se echaron a reír, y en plan de broma, como si comentaran algo extraordinariamente jocoso, exclamaron:

—¿El desembarco!

Y repitieron sus risas estentóreas.

—Oye, Grioux—propuso Didier a su compañero de armas—. Dile a Marchand que revoque la orden. Sería una lástima que por unas figuraciones del mariscaluviésemos que desperdiciar la noche.

Cuando Didier y Grioux iban a dirigirse al comandante para proponérselo, se inició el segundo baile, por lo que los dos oficiales suspendieron por unos momentos su propósito.

EL LEVANTAMIENTO POPULAR

Mientras la orquesta ejecutaba el segundo baile, se oyó un prolongado estampido de cañón. El comandante Marchand y el capitán Gueux se quedaron rígidos, pálidos, cambiando alarmados una mirada.

En aquellos momentos penetraba en la sala el teniente Rozier con el rostro convulso, rojo de ira. El criado le cortó el paso, pero el teniente le dió un puñetazo y consiguió derribarle. Y se produjo una violenta colisión entre los asistentes a la fiesta, franceses y españoles. El comandante Víctor hizo ademán de desenvainar su sable; pero se le acercó rápidamente el marqués, quien, sin contemplaciones, reciamente, le sujetó el brazo mientras le decía:

—Señores, son ustedes prisioneros de la Junta Nacional de Defensa.

Como si estuviera ensayada la escena, en aquel momento penetraron en el salón unos cuarenta hombres armados de modo desigual, pero respetablemente. A su llegada la orquesta atacó el himno nacional.

Los campesinos armados con azadonas, con picos y con tra-

bucos se dispusieron a desarmar a los oficiales franceses. Pedro era quien dirigía el grupo de sublevados. El marqués le ordenó que, de momento, los prisioneros quedaran en el salón.

—Pero, ¿se han vuelto ustedes locos?—gritó el comandante al marqués.

—Vamos a recobrar nuestra independencia, que no es lo mismo.

—¡Esto es una sedición contra el rey José!

—¡No tenemos más rey que Fernando!—gritó uno de los campesinos—. ¡Muera «Pepe Botella»!

Victor se lanzó contra el campesino y ambos rodaron por el suelo, mientras unos de los españoles se lanzaban a separar al campesino de manos del comandante francés. A pesar de que éste y sus compañeros de armas intentaron iniciar un movimiento levantisco, éste fué cortado por los que entraron armados. El campesino pudo rechazar vigorosamente a Victor y de un golpe lo tiró contra el suelo. La lucha se reanuda entre ambos, y, acosado Victor por el campesino español, desenvaina su sable sobre él. Pero Juan, el primogénito del marqués de Leganés, lo traba furiosamente obligándole a soltar pulgada a pulgada el sable, a puro músculo. El rostro contraído y sudoroso de los dos hombres —que se oían implacablemente— reflejan el esfuerzo callado y tremendo que realizan los dos. Por fin, el sable salta de manos del francés. Juan sonríe con aire triunfal; sus ojos brillan con fanático furor, fruto de su indomable patriotismo.

—Esto le va a costar caro, señor invasor—dijole encolerizado mientras Clara, atónita y temblorosa ante el espectáculo que se le ofrecía a sus ojos, difícilmente podía contener su emoción.

Calmados los ánimos, el marqués, seguido del alcalde y de los restantes componentes de la Junta —el médico, el boricario y el secretario del Ayuntamiento—, se introdujeron en el salón de los antepasados, cuyas puertas quedaron cerradas a la curiosidad pública.

Clara observó atentamente cómo salía su padre, y, cambiando de gesto, tomó una grave decisión: sacó su carnet de baile y tra-

zó unas líneas en él. Luego se dirigió a la escalinata del vestíbulo, como si quisiera trasladarse a sus habitaciones; ya en él, dejó caer el abanico con el carnet y siguió su camino.

Victor, situado en medio del salón, tenía la mirada puesta fijamente en Clara, y en cuanto vió que caían de sus manos el abanico y el carnet, se precipitó hacia la escalinata cuando la hija del marqués había subido ya dos o tres peldaños. Silenciosamente tendió a Clara el abanico y el carnet. Ella, con fingida altivez, sin mirarle siquiera, tomó el abanico dejando el carnet en manos de Victor. El francés quedó asombrado e hizo el gesto de seguirla, pero supo contenerse. Clara siguió su marcha escaleras arriba, y al llegar a la vuelta de la escalinata se detuvo para mirar a Victor. Sus ojos habían perdido ya aquella altivez. Por el contrario, su expresión denotaba viva ansiedad, y adelantando el paso, pero sin dejar de mirar al comandante, le señaló el carnet que éste tenía en sus manos y se retiró.

Ya no había ninguna duda. Clara quería salvar a Victor de una difícil situación. El comandante abrió el carnet y halló en la página destinada a los bailes unas palabras escritas con letra grande y nerviosa: «La puerta pequeña de la escalera tiene salida al campo.» Victor quedó, por el momento, desorientado. Rápidamente miró hacia la puertecilla, junto a la cual había una armadura antigua, que contribuía a disimularla. Luego miró hacia el salón. Mientras un grupo de españoles recogía el cadáver del teniente Rozier, que había caído en la lucha, Victor se dirigió resueltamente hacia la puertecilla, discretamente disimulada, y salió por ella sin ser visto por nadie. Los momentos eran decisivos para él. Victor vacilaba antes de dar un paso en falso. Una vez hubo franqueado la puerta, se halló ante una explanada escandalosamente iluminada por la luna. Rastreándose por el suelo avanzó unos pasos. De pronto se irguió para lanzarse a una vertiginosa carrera en zigzag. Resueltamente consiguió abrirse paso por entre unos matorrales, en los que se guareció al oír unas canciones patrióticas cantadas por una docena de hombres en pie de guerra. Esos campesinos, armados de trabucos y espingardas, con-

ducían, atados y desarmados, a los componentes de un piquete de granaderos franceses. Oculto en su escondrijo, Víctor contuvo su respiración. Pasado el peligro comprobó cautelosamente que el campo estaba libre y con toda precaución pudo desaparecer entre los árboles y los matorrales.

Victor, sudoroso, jadeante, inquieto, iba en busca de los más peligrosos y alejados vericuetos con objeto de que los hombres alzados en armas no le vieran ni le oyese. Cualquier movimiento, cualquier ruido, por leve que fuese, podían comprometerle gravemente. En la mente del joven comandante francés se cruzaban multitud de ideas contradictorias. Su corazón era atravesado por emociones dispares. Pensaba en el incierto y poco halagüeño porvenir que el destino había de deparar a sus soldados y a sus oficiales. Tenía la impresión de que el marqués de Leganes les había invitado a todos a la fiesta para tenerlos inmovilizados en sus salones y totalmente ajenos a toda sospecha para poder, él y sus hombres, maniobrar mejor; recordaba las palabras que había pronunciado el malogrado teniente Rozier, escéptico en cuanto a las buenas intenciones del marqués. Y, sobre todo, recordaba a Clara. Si en las primeras horas de aquella inolvidable noche había sentido la esperanza de que Clara compartía su amor, más tarde, cuando ella le entregó su carnet, aquella esperanza se convirtió en certeza. Triste había de ser el destino de aquellos amores que se manifestaban pleróricos en un momento tan crítico, en unas circunstancias tan adversas. Ello daba, desde luego, más seguridades a los recíprocos sentimientos, porque ya es sabido que no hay amor sin contrariedad ni sacrificio, pero también se iba alejando a grandes pasos la posibilidad de que se convirtieran en entrañable e indisoluble unión, pues en aquellos momentos Clara era la hija del cabecilla triunfante, y Víctor Marchand el comandante francés vencido, huído y acosado.

Este cúmulo de ideas se mezclaban confusamente en el cerebro de Víctor y hacían más difícil todavía su odisea a través de los campos de España. A un esfuerzo físico sobrehumano se unía una indecible tortura moral; a las justificadas inquietudes

que provocaba su amor por Clara se unían las que le deparaba aquella falta de previsión suya —sólo advertida por el teniente Rozier—, y que indiscutiblemente, a los ojos del general Gaillard, habría de ser interpretada como una negligencia estúpida de graves consecuencias.

La penosa aventura, a través de unos senderos desconocidos y peligrosos, en los que podían acechar sus perseguidores, había de tener un desenlace para el comandante Marchand, un desenlace que él mismo no podía prever, pero que sería, a todas luces, amargo. Acosado por esos sentimientos, Víctor intentaba deshacerse de ellos, como un hombre agarrado por una fiera quiere huir de la próxima amenaza. Le era preciso recobrar el coraje para afrontar la difícil situación. Ahora sólo suspiraba por una cosa: por llegar cuanto antes al lugar donde se encontraría, frente a frente, con el general Gaillard. Cuanto antes se desvanecieran las dudas y las inquietudes, mejor.

Avanzando con toda prudencia pudo alcanzar con la vista el cuartel general francés. Unos españoles arriaban del balcón la bandera francesa. En la puerta los rebeldes habían montado una guardia, y una reata de prisioneros era conducida por los campesinos desigualmente armados. Otro grupo se repartía el armamento capturado a las tropas ocupantes.

Víctor contempló la escena. Luego volvió la cabeza hacia unos mulos que se hallaban detrás del cuartel, y de pronto fué asaltado por una idea: la de llegar hasta el lugar donde se encontraban los mulos y apoderarse de uno de ellos. Caminando cautelosamente consiguió su objetivo. Con gesto rápido eligió una caballería y saltó sobre la silla sin hacer ningún ruido, alejándose a toda la velocidad posible del lugar.

El camino fué largo y penoso. A Víctor se le antojó todavía más difícil; tuvo que atravesar una escarpadura y otros lugares llenos de peligros físicos; pero al fin pudo llegar al cuartel general del general Gaillard.

El general Gaillard ignoraba cuanto había sucedido en Menda. En aquellos momentos se hallaba junto a los oficiales de su

estado mayor jugando a los naipes, mientras bebían y tomaban café. En una mesa mayor situada en el centro, una bailarina marcaba un brioso zapateado, en revolveras que enardecían a los franceses. Además de ella había en la sala algunas otras mujeres con el aire inconfundible de las seguidoras de los ejércitos. El ambiente estaba caldeado y lleno de humo.

La bailarina se aproximó sonriente al general Gaillard, quien con los ojos brillantes suspendió su gesto de beber, prendido por la proximidad de la bailarina.

En aquel instante, Víctor, sucio, jadeante, lleno de polvo, penetró en la habitación, y dirigiéndose a su jefe, ante el que se cuadró, exclamó:

—Mi general, Menda está en armas. Se ha constituido una junta robeide. En la ría hay buques ingleses.

El general Gaillard miró fijamente a Víctor sin entender, pero inmediatamente reaccionó ante las palabras pronunciadas por su subordinado. Con un gesto imperioso hizo cesar el repiqueteo de la bailarina y exclamó, dirigiéndose al comandante:

—¿Y su guarnición?

—Prisionera, mi general.

Gaillard inspeccionó friamente, con aire duro, a Víctor Marchand, y al verlo con uniforme de gala, le dijo:

—Y, ¿se ha puesto usted de gala para entregar su guarnición o para recibir a los ingleses?

—Había baile en el castillo, mi general.

—No creo que esa explicación satisfaga al mariscal.

Y con un gesto de evidente desprecio hacia el comandante, el general se dirigió a su estado mayor para precisar:

—Ahora lo importante es resolver la situación. Es preciso organizar una represión que aterrorice saludablemente a este país que hace la guerra al modo de los salvajes.

Por la mente del general Gaillard asomaban los deseos de vengarse de la rebelión capitaneada por el marqués de Leganés. Aquel hombre de facciones y corazón duros, frío, insensible, se disponía a reprimir la violencia con la violencia; pero si la del

marqués y sus seguidores era inspirada en un legítimo deseo de independencia, la del general Gaillard respondía a un deseo de resarcirse, de un modo sangriento, de las pérdidas que había podido tener entre sus filas y, sobre todo, del descalabro moral que ello representaba para sus subordinados de Menda y para él mismo. La fiesta del cafetín fué interrumpida por orden conminatoria del jefe francés.

El general se retiró con su estado mayor, y rápidamente fué decidido que una columna saliera hacia Menda para reprimir el levantamiento popular. Al frente de la expedición iban el propio general Gaillard, el comandante Marchand y el ayudante del general.

¡TODOS PRISIONEROS!

Entretanto en el salón de los antepasados del palacio del marqués de Leganés se hallaba reunida la flamante Junta de Defensa, constituida en gabinete de Gobierno. La cabecera de la mesa estaba ocupada por el marqués, quien tenía ante sí un gran montón de papeles y, extendido, un croquis de la región sobre un mapa de España.

—Nuestra jugada—dijo—ha sido arriesgada, pero hemos tenido suerte al poder reunir en el castillo a toda la oficialidad y prender tan fácilmente a los soldados sin jefes. Ahora tenemos que esperar el desembarco, porque nosotros solos no podríamos hacer frente ni siquiera a un regimiento.

El alcalde, un tanto cazarro y reservón, consultó un viejo reloj y rezongó:

—Pues ya hace horas que debieron desembarcar.

—No te impacientes—aconsejó el marqués sonriente y benévolo.

Pero al alcalde no le dejaba su preocupación:

—... y el único barco que hemos visto aun está por acercarse.

se, o hacer señales, o lo que sea, con tal de no tenernos aquí de esta manera.

Uno de los miembros de la Junta de Defensa que oteaba desde la ventana gritó alarmado:

—¡Parece que se va!

Precipitadamente el marqués tomó el catalejo de manos de aquel miembro de la Junta y se puso a observar. En efecto, el buque de guerra inglés se alejaba. El marqués separó el catalejo de sus ojos y se volvió hacia los demás. Su rostro aparecía inexpresivo y, por ello mismo, matizaba una absoluta desesperanza. El buque se iba. Mirando a sus compañeros hizo notar que era preciso comunicarlo a todos.

En aquel instante se oyeron unos cañonazos y fuego de fusilería.

—¡Ya está ahí! ¡Ya está ahí!—gritó alborozado el alcalde pensando que el fuego procedía de los ingleses.

Pero no tuvo tiempo de esperar la respuesta de sus compañeros de Junta, porque impetuosamente entraron en el salón seis labriegos armados, sudorosos y sucios, al mando de Pedro, quien dirigiéndose al marqués le dijo en tono grave:

—Señor marqués, los franceses han rodeado el pueblo y han puesto cañones en las parideras de la ría. Nos dan una hora para rendirnos.

El marqués le miró sin pestañear. Luego se volvió dramáticamente hacia el alcalde, quien, sintiéndose consultado, sin orientación, a su vez, exclamó más que preguntó:

—¿Qué haremos?

Juan penetró en aquel instante en la habitación. Iba descamisado y sucio y llevaba una pistola en la mano:

—¡Seguir luchando!—exclamó impulsivamente al oír las últimas palabras del alcalde.

El hijo del marqués no quería claudicar de ningún modo. Antes tendrían que diezmarles a todos, uno por uno. Su odio hacia el invasor era tan intenso y tan sincero, que Juan estaba dispuesto a pasar por todos los sacrificios, incluso el de su propia

existencia física. El entusiasmo que él había puesto en la organización de la noble revuelta no podía quebrarse ante aquella realidad que destrozaba sus planes y despedazaba sus corazones. La victoria sería difícil; quizás, por el momento, resultaría imposible, pero eso no importaba. Era preciso continuar la lucha, aun a costa de perder todos, porque la muerte había de ser digna y provechosa. El grito que Juan lanzara ante la propuesta tímida —impuesta por las graves circunstancias— de su padre, tuvo la virtud heroica de enardecer todavía más a los que habían entrado con él.

—¡Lucharemos hasta morir!—gritó uno de los campesinos secundado con afirmaciones de los demás.

Pero el marqués se adelantó hacia los labriegos para decirles:

—No se debe morir porque sí. Hace cinco horas que los ingleses debieron desembarcar, pero el único buque que hemos visto ha desaparecido. No sabemos qué puede haber pasado, pero así no podemos hacer frente a las tropas francesas.

Desde lejos se oían los cañones y el fuego de fusilería de los franceses.

—Pero, padre—exclamó Juan—, con menos armas que las que tenemos se resiste en toda España. Con los puños solamente nos defenderemos si es necesario.

Muy a pesar suyo, el marqués no se dejó convencer. Él era el responsable principal de la situación, como presidente de la junta, y no quería lanzar a unos hombres a una muerte estéril. Todos ellos estaban empeñados en una lucha por la existencia de la patria y sus vidas eran necesarias para darlas cuando el sacrificio fuera útil.

El marqués lo hizo observar así a los labriegos que le rodeaban con la mirada inquieta, y luego, con infinita amargura, resolvió lleno de entereza:

Ninguno de los presentes ignoraba que la rendición suponía un castigo severo para todos. El general victorioso se cebaría, sin duda, en los vencidos. Todos conocían sus inmediatas reacciones.

y no creían equivocarse cuando pensaban en los peores desenlaces de la aventura.

—Nos rendiremos. Usted, señor alcalde, lo comunicará a los franceses.

—Tenga en cuenta, señor marqués—arguyó el alcalde—, que rendirnos significa que muchos de nosotros hallaremos la muerte en la represión.

El marqués de Leganés tenía los mismos presentimientos, sentía, como aquel puñado de hombres, la congoja de una derrota circunstancial y de un porvenir inmediato, más que incierto, trágico; pero como jefe responsable no quería exponer, con una nueva y arriesgada empresa, la vida de aquellos hombres que, movidos por un patriótico designio, habían acudido prestamente a su viril llamada a las armas.

—Ese es el lado amargo del heroísmo. Pero no podemos pensar en nosotros cuando se juega la vida de los que nos siguen. Salga usted inmediatamente, señor alcalde, y ofrezca mi entrega y nuestra rendición a cambio de que se respete a los demás.

Aquellos hombres forzudos, valientes, aguerridos, no tuvieron otro remedio que inclinarse ante los razonamientos irrefutables, lógicos, del marqués de Leganés. En efecto, no quedaba ya ninguna posibilidad. Cualquier tentativa hubiera resultado estéril y regada con generosa sangre, que si había de honrar y enaltecer una santa causa, no podía tampoco ganarla en breves plazos. Era preciso renunciar a la continuación de la lucha. Algún día, ellos o los demás españoles, podrían reanudarla con más fortuna.

El alcalde cruzó el grupo y traspuso el umbral. Los labriegos le seguían con la mirada, llena de noble y patriótica inquietud.

El general Gaillard reflexionó durante unos breves instantes. La angustia se reflejaba vivamente en la expresión del alcalde de Menda. El gesto del general era diabólico. Su deseo de venganza, dibujado en su cara, iba a cumplirse de modo inexorable. Ahora él se convertiría en árbitro de la situación; tenía en sus manos todas las cartas de la baraja o, por lo menos, creía tener-

las, y no quería desperdiciar la ocasión que el destino le había deparado.

Momentos después el alcalde exponía en viva voz ante el general Gaillard la decisión de rendirse que había sido tomada por la junta central.

—Acepto la decisión—exclamó el general francés—, pero los habitantes del castillo y los responsables de todo esto deben serme entregados. A cambio de dicha entrega, el pueblo no será saqueado ni incendiado... Pero en el plazo de cuarenta y ocho horas pagará ochenta mil reales de contribución, quedando como rehenes los vecinos más ricos. ¿Está conforme? ¡Conteste!

El alcalde levantó la mirada, y, cara a cara, con un reto, replicó:

—Aceptamos.

Pocas horas después llegaban al palacio del marqués de Leganés el general Gaillard, su estado mayor, el oficial ayudante y el comandante Víctor Marchand, seguidos por una sección de granaderos y precedidos por el alcalde.

En el salón de los antepasados se encontraban el marqués de Leganés con los miembros de la junta rebelde, y con sus hijos Juan, Clara y Margarita.

Los militares franceses avanzaron orgullosamente. Cuando el general Gaillard llegó ante el marqués le anunció que quedaba prisionero.

Luego se inclinó leve y triamente ante el marqués y penetró con arrogancia en el salón, seguido de los oficiales de su estado mayor.

LA SENTENCIA

La deliberación fué larga, y la espera del marqués, de sus hijos y de los miembros de la Junta fué angustiosa. Finalmente se abrieron las puertas del salón y uno de los oficiales ordenó al marqués que entrara en él.

En tono grave y severo, y silabeando las palabras, el general Gaillard leyó la sentencia dictada por el consejo de guerra:

—El consejo de guerra ha dictado sentencia: «En nombre de su majestad José I, rey de España: condenamos al marqués de Legarés y a todos sus familiares habidos con él en el castillo de Menda a la pena de morir ahorcados, sin dilación alguna, con todos los miembros de la llamada Junta Nacional de Defensa, por el delito de rebelión armada y por traición de lesa majestad y lesa patria. Dado en Menda, a 26 de agosto de 1808.»

El marqués contenía a duras penas su indignación.

—Pueden disponer de nuestras vidas—exclamó—, pero no tienen ustedes derecho a ahorcarnos. Exijo que se cambie esa pena por la decapitación.

El general Gaillard se quedó mirando al marqués sin expresión alguna, impenetrable. Y volviéndose hacia uno de los oficiales,

resolvió que la sentencia quedara modificada en el sentido de que el marqués y sus familiares fuesen decapitados. El marqués, sereno y tranquilo, se inclinó para dar las gracias.

Tal como constaba en la dura sentencia, el general no quería demorar su cumplimiento. A su entender, el implacable castigo, ejecutado sin dilación, había de surtir saludables efectos entre las poblaciones españolas, en las que latían las mismas emociones y los mismos sentimientos de independencia. Aplazándola podía haber la clemencia; actuando enérgicamente y con premura ya no cabía duda aquella humanitaria posibilidad.

El general dispuso que inmediatamente fuese levantado el cadalso destinado a ajusticiar a los condenados. Entretanto, el marqués, Clara, Juan, Margarita, el alcalde y los miembros de la junta entraron en capilla.

Entre los oficiales franceses había uno —el comandante Victor Marchand— a quien la lectura de la sentencia producía tanta o más inquietud que al propio marqués de Leganés. El drama íntimo en que el oficial francés se debatía en aquellos momentos era intenso; era un conflicto entre dos deberes igualmente sagrados. El deber de oficial del ejército de ocupación le llamaba a ponerse incondicionalmente al lado de su general. Sus sentimientos de hombre le inclinaban, abiertamente y sin reservas, hacia Clara, la hija del marqués de Leganés, jefe de la rebelión. Ella había de ser también víctima de la cuchilla que alzara el verdugo. Y, en cierto modo, uno de los que asentían a su muerte y que habían de reconocerla razonada, justa, necesaria, por el hecho de ser oficiales franceses, era él. Conociendo al general Gaillard, no veía ninguna posibilidad de que la grave sentencia fuese modificada.

Habían pasado pocas horas después de dictada la sentencia por el consejo de guerra, cuando Clara hizo llamar ante su presencia al comandante Victor Marchand.

LA VIDA DE JUAN SERA SALVADA. PERO...

Cuando los reos de muerte se hallaban arrodillados en sus reclinatorios en la capilla del castillo, se abrió la puerta y apareció el comandante Victor Marchand. A paso lento y mesurado el comandante se dirigió hacia el lugar en que se hallaba Clara. Su aspecto reflejaba una angustia indecible. Su traje estaba todavía manchado por los efectos de la lucha sostenida horas antes en el salón de baile con los patriotas que, sublevados, habían irrumpido en él.

Clara se levantó calmadamente del reclinatorio y, serena, dijo al comandante:

—Le he llamado porque necesito ver al general Gaillard.

El comandante movió la cabeza a derecha e izquierda:

—No es posible, Clara.

—He de verle—insistió Clara—y usted tiene que llevarme ante él.

Victor insistió para decirle que no podía hacer nada en absoluto. Revelando su indomable energía que ocultaba su dulzura, Clara le respondió, segura de sí misma:

—No me obligue a cambio de lo que yo he hecho por usted.

Invente algo. Lo que sea. Recursos no le faltan, cuando ha convertido en nuestra derrota mi ayuda por salvar su vida. No le pido que interceda usted, sino que me ponga delante del general.

Y, enardecida, como a su propia visión interior, dijo con resolución:

—He de conseguir una gracia más importante que mi propia vida.

Era tan noble la actitud de Clara y tan sinceras sus palabras, que el comandante, en un irreprimible gesto de admiración, tomó una decisión: la de presentar a Clara ante el general.

Los dos salieron de la capilla mientras el marqués les observaba con un fulgor de esperanza en los ojos.

El comandante se introdujo en el despacho del general, quien en aquellos momentos, junto con su estado mayor, examinaba una carta geográfica que tenía extendida sobre la mesa.

—¿Quién es?—exclamó levantando la cabeza.

—El comandante Marchand, mi general.

—Entre—exclamó el general Caillard, quien al ver al comandante añadió en tono sarcástico—: Veo que ha tomado usted la costumbre de abandonar su puesto.

Clara esperaba en la puerta, pero ya en el interior del salón, y observaba angustiosamente las expresiones y los gestos del general.

—Mi general—dijo el comandante—, la hija del marqués quiere hablar con su excelencia.

—No he concedido audiencia a ninguno de los reos de Leganés—exclamó secamente el general.

Para salvar la situación y desembarazar al comandante, quien, ya bastante comprometido por su negligencia, podía malograrlo todo, Clara avanzó para decir:

Era tan digna la actitud de Clara, había tanta emoción en sus palabras, que acaso aquel hombre frío y duro que era el general temía verse arrastrado por ella. Pero su orgullo se lo impedía. Era preferible, pues, desatender a la súplica de la hija del mar-

qués, porque, obrando así, no cabría la posibilidad de que tuviera que acceder a ella.

—General, la proposición de que soy portadora es un ruego bien triste.

—Lo siento, *amadeuissellex*. Pero no me es posible tratar de ninguna proposición.

—Tiene que oírme—suplicó Clara angustiosamente.

El general hizo ademán de atender a sus papeles como recurso para desentenderse de ella, y le dijo:

—Me veo obligado a rogarle que salga.

Pero Clara no se arredraba ni quería renunciar a proseguir su alegato ante el general victorioso. Irguiéndose y abandonando el continente de humildad y de temor con que inició la conversación dijo:

—La suerte nos ha sido desfavorable y nuestra situación es trágica por lealtad a nuestra patria. Esos antepasados, cuyos retratos nos contemplan, tuvieron, general, victorias siempre más resonantes y más difíciles que las que hoy celebra su excelencia sobre nosotros. En nombre de esa grandeza le pido que me escuche.

El general quedó admirado a su pesar. Dudó un momento y, finalmente, accedió a la audiencia que solicitaba Clara.

—Mi padre—dijo ella—ofrece todos sus bienes a cambio de la vida de mi hermano Juan... No es una súplica sentimental y la pido no al general victorioso, sino al caballero. Puede ajusticiarnos en nombre de su emperador o de su rey, pero no tiene derecho a borrar nuestro nombre.

Gaillard, que estaba sentado, se levantó, y nervioso e irresoluto se puso a pasear por el salón. Al cabo de unos minutos—minutos largos y penosos para todos—el general se dirigió a Clara y vivamente le dijo:

—El señor marqués de Leganés no me ofrece nada, porque sus bienes pertenecen, desde hoy, al rey José. No obstante, comprendo lo que esa gracia representa para su padre, pero si accedo ha de ser bajo ciertas condiciones.

—¿Qué quiere decir?—preguntó entre angustiada y confiante.

—No se me oculta—repuso el general—que cuando esta noche sólo sea un recuerdo el nombre del marqués tendrá aureola de heroísmo. Si yo permito que su sangre sobreviva, tiene que suceder lo mismo con nuestro castigo.

—¿Cuáles son sus condiciones?

—He de consultar con mi estado mayor.

Y con cierta ironía añadió:

—El comandante le transmitirá mi decisión.

qués, porque, obrando así, no cabría la posibilidad de que tuviera que acceder a ella.

—General, la proposición de que soy portadora es un ruego bien triste.

—Lo siento, «mademoiselle». Pero no me es posible tratar de ninguna proposición.

—Tiene que oírme—suplicó Clara angustiosamente.

El general hizo ademán de atender a sus papeles como recurso para desentenderse de ella, y le dijo:

—Me veo obligado a rogarle que salga.

Pero Clara no se arredraba ni quería renunciar a proseguir su alegato ante el general victorioso. Irguiéndose y abandonando el continente de humildad y de temor con que inició la conversación dijo:

—La suerte nos ha sido desfavorable y nuestra situación es trágica por lealtad a nuestra patria. Esos antepasados, cuyos retratos nos contemplan, tuvieron, general, victorias siempre más resonantes y más difíciles que las que hoy celebra su excelencia sobre nosotros. En nombre de esa grandeza le pido que me escuche.

El general quedó admirado a su pesar. Dudó un momento y, finalmente, accedió a la audiencia que solicitaba Clara.

—Mi padre—dijo ella—ofrece todos sus bienes a cambio de la vida de mi hermano Juan... No es una súplica sentimental y la pido no al general victorioso, sino al caballero. Puede ajusticiarnos en nombre de su emperador o de su rey, pero no tiene derecho a borrar nuestro nombre.

Gaillard, que estaba sentado, se levantó, y nervioso e irresoluto se puso a pasear por el salón. Al cabo de unos minutos—minutos largos y penosos para todos—el general se dirigió a Clara y vivamente le dijo:

—El señor marqués de Leganés no me ofrece nada, porque sus bienes pertenecen, desde hoy, al rey José. No obstante, comprendo lo que esa gracia representa para su padre, pero si accedo ha de ser bajo ciertas condiciones.

—¿Qué quiere decir?—preguntó entre angustiada y confiante.

—No se me oculta—repuso el general—que cuando esta noche sólo sea un recuerdo el nombre del marqués tendrá aureola de heroísmo. Si yo permito que su sangre sobreviva, tiene que suceder lo mismo con nuestro castigo.

—¿Cuáles son sus condiciones?

—He de consultar con mi estado mayor.

Y con cierta ironía añadió:

—El comandante le transmitirá mi decisión.

LA TRAGICA CONDICION

Clara se paseaba nerviosamente, impacientemente, por el vestíbulo en espera de que el general Gaillard y su estado mayor tomaran una resolución acerca de la propuesta que ella les había formulado. Finalmente salió del salón de los antepasados el comandante Marchand. Su rostro denotaba un abatimiento extraordinario.

—¿Qué ha decidido?—preguntóle inquieta Clara.

Víctor la miró con amargura, como avergonzado, y le dijo:

—No, Clara. No puedo comunicárselo.

—No tenga miedo por mí—respondió ella con entereza—. Ya no hay nada que pueda sorprenderme, ni dolerme.

—Quisiera no haber venido jamás aquí, quisiera no haber vestido nunca este uniforme.

—No piense más en ello—exclamó Clara gravemente conciliadora—. Usted ha cumplido con su deber de soldado. Si alguien tiene que reprocharse algo, soy yo por haber seguido el impulso de mis sentimientos sin reflexionar.

Tras una breve pausa, el comandante se determinó a dar la noticia a Clara:

—El general concede gracia de vida a su hermano si... Si es él quien...

—¿Qué?

—Si es él quien ejecuta a su padre y a todos los suyos.

Clara, por primera vez desde la funesta vuelta de Víctor, iluminó su rostro con serenidad intensa, sin sonreír con los labios, pero con la satisfacción de haber consumado su obra. Y con dulzura preguntó al comandante:

Clara se limitaba a decir eso como si quisiera descargar al comandante Marchand de la pesadumbre que se adivinaba a través de sus palabras. Clara, a pesar de su juventud, era toda una mujer, dotada de una moral y una entereza ejemplares. Su respuesta no podía ser otra que aquella. En tan graves momentos, su reacción había de ser la que experimentaba, y no la de un llanto, por otra parte comprensible, que desahogara la congoja de su corazón.

—¿Es ésa la respuesta del general?

Víctor quedó sorprendido ante la reacción de ella. Y atónito, con un asombro que lo desplazaba del dramatismo de su mensaje, respondió:

—Sí, ésa es.

—Gracias por haberme ayudado.

Y después de mirarle con una cortés sonrisa, Clara se dirigió hacia la capilla del castillo, en la que se hallaban, con el sacerdote que los asistía, el marqués, Juan, Margarita, el alcalde y los miembros de la junta.

Al ver llegar a su hija, el marqués avanzó pausadamente hacia ella, con la esperanza de que —a juzgar por su aspecto tranquilo— Clara había conseguido lo que él había solicitado del general.

—¿Lo has conseguido, Clara?

—Sí, pero ha impuesto una condición.

El marqués no desconocía las reacciones del general Gaillard, y por esa razón temía que la decisión que él hubiera podido tomar fuese inaceptable.

—Si no es humillante o vergonzosa...

—No lo es, papá. Debes aceptarla. Pero antes tienes que jurarme que aceptarás. Y tú también, Juan.

Juan, que sentía un odio implacable hacia los invasores y que estaba seguro de que el general había propuesto una condición inaceptable, exclamó desconfiado:

—Primero debes decir de qué se trata.

—¿No tenéis confianza en mí?—arguyó ella—. ¿Ni en estos momentos?

—Tengo confianza en ti, hija mía—respondió el marqués.

—Entonces... ¿Juráis?

—Juro...—dijo el marqués. Y dirigiéndose a su hijo le ordenó:—Y tú también.

—Juro—dijo éste.

El marqués se sintió tranquilo. Conocía a su hijo, y lo sabía obstinado, enérgico, contrario a toda idea de claudicación. El juramento que había arrancado de sus labios era la seguridad de que había de cumplirse sin reservas. Y ya con esa tranquilidad de espíritu, y como si se hubiese librado de un peso que le oprimiera el pecho, el marqués de Leganés exclamó:

—Tendremos que prepararlo todo. Hemos de enseñar a esa gente cómo somos los españoles. Vendrá todo el pueblo y es preciso que recuerden cómo supo morir el marqués de Leganés y los suyos, papá.

Y se abrazó conmovida a su padre.

—¿Qué barbaridad te han obligado a aceptar?

Clara dudó unos momentos antes de dar su respuesta. Era, en efecto, tan monstruosa la proposición que el general Caillard le había formulado, que ella no se atrevía a repetirla ante su padre y su hermano. Tras una angustiosa pausa se decidió a exclamar:

—Juan ha de ser nuestro verdugo.

La condición era cruel, incalificable.

—Pero, ¡eso es monstruoso!... Que mi hijo..., mi propio hijo...

Juan se acercó descompuesto a Clara, y violentamente, pero

sin elevar el tono de la voz para respetar el lugar en que se encontraba, exclamó enérgico:

—Nunca haré eso... ¿Entiendes? ¡Nunca! Es mejor morir todo que aceptar esa infamia.

El marqués de Leganés lo veía todo perdido. Adivinaba en el semblante descompuesto de su hijo una obstinada determinación contraria al cumplimiento de una misión tan monstruosa. Pero, en un supremo y heroico esfuerzo, el marqués quiso valerse de un arma eficaz: la del juramento que, unos minutos antes, Juan había formulado. Y en eso quiso el marqués fundamentar el único argumento que, ante tamaña iniquidad propuesta por el general, le quedaba:

—Has jurado obedecer, Juan.

—Pero no he jurado convertirme en asesino.

Juan tenía razón. Cuando él juró acceder a lo que fuese, no había podido nunca sospechar que la proposición del general fuese aquella; no había podido imaginar cómo un hombre se despojara tan radicalmente de sus íntimos y puros sentimientos, como son los de la generosidad, de la clemencia, de la templanza. Tanto el marqués como su hija Clara compartían, lógicamente, la indignación, y aceptaban los razonamientos de Juan, pero se esforzaban los dos en superarlo todo, a cambio de que fuese salvada la vida del muchacho, aunque el premio se pagara a cambio de tan duro sacrificio por parte de los tres.

—Padre, dile a Juan que tiene que cumplir su juramento—pidió la heroica muchacha—. Es la única posibilidad que nos queda de sobrevivir y de seguir luchando por nuestra patria.

El marqués vaciló unos momentos antes de responder; la pausa fué solemne y trágica. Luego dijo:

—Clara tiene razón. Los ingleses vendrán y entonces habrá que organizar la batalla definitiva. El marqués de la Romana me ha confiado el enlace de los soldados de Wellesley con los de Sir John Moore. Es preciso que tú, Juan, concluyas la misión que yo he de abandonar. Para eso es necesario que tú vivas.

Juan aparecía como atontado, e iba moviendo negativamente

la cabeza. La idea de convertirse en verdugo de su padre y de sus hermanas rebasaba el cálculo de las posibilidades. En tono de desgarrada protesta exclamó, con la voz cortada por la emoción que sentía:

—No puede ser, padre. No. No podría.

—¿Te falta valor?—preguntóle el marqués.

Y cambiando de tono y tomando a su hijo por los hombros, como para convencerle de la necesidad de que aceptara la inhumana condición fijada por el general, añadió:

—Hijo mío, solamente así los Leganés serán dignos de esos millones de patriotas que luchan por devolver a España su libertad y su independencia.

Juan observó fijamente a su padre. Estaba un poco fascinado por sus serenas palabras, y sólo pudo afirmar —tan preso de emoción estaba— con la cabeza, mientras el marqués le estrechaba entre sus robustos brazos.

**«PREFIERO MORIR COMO ESPAÑOLA QUE VIVIR
COMO EXTRANJERA»**

La ejecución iba a tener lugar. Y Juan sería el verdugo que ejecutara a los reos. Todo estaba dispuesto ya. En un tablado improvisado en el patio del propio castillo se alzaban las cuatro horcas en las que tenían que ser ejecutados los miembros de la Junta de Defensa. En el catafalco se hallaba un verdugo entapuchado.

Un piquete de granaderos se dirigió a la capilla en la que se hallaban los reos, con objeto de conducirlos al sacrificio. En aquellos momentos se encontraban todos oyendo el santo oficio de la misa. El sacerdote terminaba el oficio, y pronunciaba con voz segura y emocionada el «Ite misa est», y dió la bendición a los suplicados.

La comitiva se puso en marcha. El redoble de los tambores daba una nota más trágica y más solemne a la trágica ceremonia.

Seguidos de los granaderos con bayoneta calada y de la gente del pueblo, los sentenciados llegaron al pie del catafalco asistidos por el sacerdote. Pasaron los tambores y los reos se detuvieron. Juan, a quien correspondía la trágica misión, quedó como

clavado en el suelo. Se resistía a avanzar. El espectáculo que se ofrecía a sus ojos era horrible. Sus fuerzas le flaqueaban. Su padre le observaba atentamente en sus más pequeños gestos. Y suave, pero conminativo, le dijo:

—Ve ya, hijo mío.

Juan le miró con los ojos anegados en lágrimas y bajando la cabeza avanzó unos pasos y subió al catafalco. Una vez allí se sintió desfallecer. El verdugo tuvo que cogerle por un brazo. Juan, completamente trastornado, lleno de indecible emoción, aspiró ávidamente una bocanada de aire. El verdugo le tendió el hacha, a cuyo contacto Juan se estremeció horrorizado.

Los momentos eran de un intenso dramatismo. Clara no quiso prolongar más la situación. Era preciso que avanzara hacia el supremo sacrificio. Pero, viendo su gesto, el marqués la detuvo y cariñosamente le dijo:

—Siempre tuve que corregirte por el poco respeto que tienes con tu padre.

Y después de abrazarla nerviosamente salió hacia el catafalco. Juan tenía ya el hacha entre sus manos. El marqués se volvió hacia las gentes del pueblo, contenidas por los granaderos, y con acento vibrante exclamó:

—¡Españoles! ¡Doy a mi hijo mi bendición paternal y a vosotros solamente os pido que no perdáis la fe en la independencia! ¡Viva España!

Y dirigiéndose a su hijo, y después de besarlo, le ordenó:

—Ahora, marqués, hiere sin miedo. Tú quedas sin culpa.

Pero Juan permanecía indeciso, mirando al crucifijo que sostenía el sacerdote. Luego contempló el hacha. El marqués levantó la cabeza y con energía, casi con dureza, observó:

—¿El miedo a tus sufrimientos te hará tenerme más tiempo arrodillado?

Juan, con movimiento de autómatas, levantó el hacha lentamente, inexorablemente. Vaciló, pero en un acceso de desesperación, frenéticamente apresuró el alzar del arma. Y desesperadamente descargó el golpe fatal. Clara y Margarita se abrazaron

convulsivamente. Clara hizo un esfuerzo sobrehumano para dominarse. Margarita sollozaba:

—Tengo miedo, tendré miedo.

En aquella niña, inocente de toda culpa, era puesta a salvo de la ignominia. Margarita tenía que perecer por el sólo hecho de ser la hija de un patriota que se había sublevado en cumplimiento de sus deberes de buen español. El general Caillard quería aplicar un escarmiento riguroso, implacable, a la población de Monca, y, a través de ella, a todo el país. Por eso el castigo había de ser trágico, sangriento, sin que el más leve destello de comprensión y de amor al prójimo lo atenuara. Margarita había de caer también bajo el hacha esgrimida, involuntariamente, por un muchacho que llevaba la misma sangre que ella en sus venas.

Un granadero la cogió del brazo y la condujo hacia el catafalco mientras su hermana Clara le sonreía tristemente, queriendo animarla en tan supremo y trágico instante.

La vida de Margarita se había consumado bajo el peso del hacha esgrimida por su propio hermano.

Cuando Clara se disponía a subir al catafalco oyó la voz de Víctor:

—¡Clara! ¡Clara!

Clara le miró inexpresiva. Víctor, en un arrebató de esperanza infinita, le anunció:

—El general le perdona la vida si accede usted a ser mi esposa.

La muchacha escrutó al francés, pero rápidamente movió la cabeza en un gesto de negativa. Víctor no podía comprender. Trató de hablar, pero no hallaba las palabras.

—Es su vida... Y es la mía, Clara.

—No, Víctor—respondió ella tras una breve pausa y con un tono que hacía más inquebrantable su firmeza—. No, Víctor.

Y se dispuso a montar los peldaños que la separaban de su verdugo. Víctor la siguió hasta allí, impulsivo, e insistió para convencer a Clara de la inutilidad de su sacrificio:

—No se trata sólo de salvar su vida, sino de perpetuar su estirpe, como quería su padre.

Clara miró, casi agresivamente, a Víctor, como si éste fuese un desconocido.

—Si hemos querido perpetuar nuestra estirpe, comandante, no ha sido por orgullo de nombre. Y antes que vivir como extranjera prefiero morir como española.

Y Clara subió hasta el catafalco. Se arrodilló ante el tajo de ejecución. El oficial que la mandaba levantó su sable. Juan se acercó a su hermana. Las dos miradas se cruzaron. Las dos quedaron transfiguradas. Resueltamente Clara inclinó la cabeza, y el hacha, esgrimida por su propio hermano, caía inexorablemente.

... Y KIKO SE QUEDO EN ESPAÑA

Fernando terminó su emocionante relato entre las alumnas del Lycée Internacional:

«Cuando volvieron los barcos que una contraorden del almirantazgo habían alejado, hallaron al hijo del marqués en su puesto, cumpliendo la misión de su padre. Poco después, Galicia quedaba libre de invasores para siempre. Y fué el propio Fernando VII quien le honró con el título de «el Verdugo», como máximo galardón de nobleza en memoria de su gesta.»

Terminado el relato se hizo un silencio absoluto, Kiko se sintió sobrecogida por el escalofrío.

—Voy a cerrar—dijo—. Hace frío.

Cerró las ventanas que daban al jardín —aquella misma terraza a la que tantas veces se había asomado Clara— y volvió a sentarse en su butaca. Los ojos de su primo Fernando estaban centrados en ella.

—Les ha emocionado la historia, ¿verdad?—preguntó Fernando a las compañeras de su prima.

—Oh, sí—respondió la norteamericana Kitty—. Me ha emo-

cionado tanto, que, de buena gana, me llevaría el cuadro y el castillo. Así podría contar la historia a mis amigos, pero con otro final.

—Me parece que ha confundido mi relato con una película—respondió Fernando como si quisiera ocultar su decepción.

—Ten en cuenta que llevamos dos noches sin dormir—arguyó Kiko.

Fernando, sensible como era, se sintió un poco herido por las palabras de Kitty. Su prima lo percibió en seguida y quiso atenuar el mal efecto que le habían producido, justificando el estado de espíritu de sus compañeras, después de tantas emociones sentidas y tantas peripecias soportadas en el breve curso de unos días inolvidables.

—Sí, será mejor que vayáis a descansar. Buenas noches.

Al día siguiente, Kiko confesó a su primo Fernando que no había podido descansar en toda la noche.

Había llegado el momento de organizar la continuación de la aventura que daría a conocer a aquellas muchachas nuevas rutas y nuevos destinos. Su breve estancia en España, en aquella suave y dulce región gallega, quedaría sólo como un recuerdo, el primer buen recuerdo de la odisea que se iniciara bajo el estruendo de las bombas destructoras.

Las muchachas hicieron durante toda la mañana los preparativos para el viaje. Una vez hubieron arreglado sus equipajes, subieron en el coche de Fernando para trasladarse a la estación.

El tren no tardó en llegar. Tumultuosamente, alegremente, Kitty, Esther, Elizabeth y Wanda subieron en el tren, Kiko permaneció un poco distanciada, como si en vez de ser ella una de las que emprendían el viaje, hubiese acudido allí para despedir a sus compañeras. Fernando notó la expresión de su prima, y le dijo:

—Anda, Eugenia. Date prisa, que te quedas en tierra.

Y, dándole el brazo, la acompañó hacia el estribo del tren. Pero ella parecía resistirse a montar en él.

—Tú siempre me has tenido por una niña tonta y egoísta—
dijo refiriéndose a su primo.

—No, mujer, no, de ninguna manera. Anda, date prisa, y
que tengáis un buen viaje.

Pero Kiko parecía obsesionada por una idea, y reanudaba el
tema que había iniciado ya a pesar de la premura del tiempo.

—No tengo ninguna culpa si soy así—murmuró.

Fernando no comprendió exactamente el sentido de la frase
pronunciada, como si fuera solamente para sus adentros, por su
prima Kiko. Y la miró como si quisiera aclarar las dudas que
aquellas palabras le habían despertado.

El jefe de la estación hizo sonar el silbato. Kiko parecía in-
móvil en el andén.

—¡Al tren! ¡Al tren!—exclamó vivamente Fernando al ver
que su prima iba a quedarse en tierra.

Pero la muchacha le observó fijamente, y con decisión le dijo:

—Es que quiero quedarme en España.

—¿Cómo?—contestó atónito Fernando.

Kiko estaba segura de lo que se decía. Había tenido tiempo
de pensar en ello, y ya no se volvería atrás en su resolución. El
relato de Fernando había dejado una profunda huella en su co-
razón.

—Eso, que quiero quedarme.

Y mirándole con dulzura añadió:

—Tú tienes razón: aquí no pasará nada. Y, si pasa, ya no me
importa.

Fernando, sin poderse contener, la abrazó mientras el tren
inició su marcha, y los dos se vieron envueltos en la humareda
de la locomotora.

Kitty, Esther, Wanda y Elizabeth, que no se habían movido
de la plataforma, se asomaron para gritar a su compañera:

—¡Kiko!

—¡Corre!

—¡Que nos vamos!

—¡Que te quedas!

Ya era inútil. Las compañeras de Kiko la llamarían todavía, hasta que, comprendiendo las razones por las que ella quería quedarse en España, prescindirían, resignadas y no sin nostalgia, de su compañía. La angustia que reflejaban los rostros de todas ellas se trocó luego en expresiones de comprensión. Y agitaron sus pañuelos en señal de despedida.

Fernando y Kiko les saludaron cordialmente con las manos y con una franca sonrisa en los labios, mientras el tren, que iba ganando velocidad, se iba perdiendo en lontananza.

FIN.



CANCIONERO

de **Editorial ALAS**



RAIFLES
PEPE BLANCO
CARLOS GARDEL
ANTONIO AMAYA
CARMEN FLORIDO
ANTONIO MACHIN
MANOLO CARACOL
NIÑA DE LA PUEBLA
JUANITO VALDERRAMA
LOS MEJORES CANTARES
ANTONITA MORENO
HERMANOS VIANOR
CONCHITA PIQUER
CARDOSO (Tangos)
RAQUEL RODRIGO
CARMEN SEVILLA
GLORIA ROMERO
PEPITA LLACER
LUIS ARAQUE



IRMA VILA
NEGRETE
MARIA ELVIRA
JUANITA REINA
NIÑO ALMADEN
HUGO DEL CARRIL
MANOLO SEVILLA
EL PRINCIPE GITANO
MIGUEL DE LOS REYES
RUISEÑORES DEL NORTE
TOMAS DE ANTEQUERA
IMPERIO ARGENTINA
GRACIA DE TRIANA
IMPERIO DE TRIANA
MONIQUE THIBAUT
ALFONSO GUERRA
PEPE MARCHENA
LOLA FLORES
JOSE MARIA

CANCIONERO EXTRAORDINARIO

1'50 ptas.

TOMAS RIOS - ANTONIO MACHIN - BONET DE SAN PEDRO
MARIA DEL VALLE - LOS CLIPPER'S

2 ptas.

Cinco Vocalistas del Jazz - Cinco Estilistas Calés - Cinco Estrellas Calés
Cinco estrellas del Hot - Trío Calaveras - Cuarteto Tropical - Irma Vila
Antonio Machín - Curro Lucena - Bronce y Seda - Arriba Va - Estrellas
da la Radio - Negrete, Irma Vila y Trío Calaveras - Pepe Blanco

COLECCION NEGRETE

1'50 ptas.

CREACIONES DE JORGE NEGRETE
JORGE NEGRETE Y AMANDA LEDESMA
JORGE NEGRETE, SUS NUEVOS EXITOS
JORGE NEGRETE - IRMA VILA - TITO GUIZAR

Pedidos a EDITORIAL ALAS - Apartado 707 - Barcelona

Anas Gráficas-España - Valencia 234

4 pesetas